

ELE Y EL ANILLO MÁGICO

© 2026, Claudia Lewis

Derechos exclusivos de edición

© 2026, Editorial Planeta Chilena S.A.

Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso,

Providencia, Santiago de Chile

www.planetalector.cl

www.planetadelibros.cl

Ilustración de portada: Claudia Zavala

Diagramación: Ricardo Alarcón Klaussen

Primera edición en Chile: enero de 2026

ISBN: 978-956-6409-33-5

Impreso en Chile / Printed in Chile

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo por escrito del editor.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

El libro original protege el trabajo del autor, diseñador y del equipo editorial. Comprar el original es respetar ese trabajo. No fomentes el delito de la piratería.

ELE Y EL ANILLO MÁGICO

Claudia Lewis

*Allí donde el saber reside, es donde
debe estar el verdadero poder.*
Platón

PRÓLOGO

EL ÚLTIMO DÍA DE VERANO

Existe una idea bastante extendida —por no decir una verdad universal— que sostiene que el verano es la mejor estación del año. Al menos eso creía Ele, la protagonista de esta historia. Jamás se le ocurriría elegir el invierno, esa estación gélida y gris con la que toda energía de su cuerpo desaparecía. Levantarse de la cama requería una fuerza de voluntad sobrehumana. El frío y la falta de sol paralizaban todo. Para Ele, el verano representaba lo mejor de la vida: sol, calor, vacaciones, playa y sandía. ¡Deliciosa sandía! Tan refrescante, dulce y jugosa. Lamentablemente, marzo se acercaba a pasos agigantados. Y eso significaba días más cortos, el fin de las vacaciones y el retorno inevitable al colegio. Como único consuelo quedaba ese último día de libertad que Ele se empeñaba en hacer perfecto.

Sentía esa jornada agridulce. Pronto se despedirían de la playa, de sus abuelos —con quienes pasaban cada verano—, y de Tama, su mejor amiga. Extrañaría sus charlas nocturnas sobre series, películas y las anécdotas del día. También echaría de menos a Benja, el apuesto amigo de Nico, su hermano mayor, que los había acompañado en las vacaciones.

Pero tal como dije antes ese último día era especial. Ele intentaba evitar con Nico, lo que no siempre era fácil, para no arruinarlo. Esa mañana, solo pensar lo que harían le dibujaba una sonrisa.

Y fue, en efecto, un día maravilloso.

Desayunaron sandía con harina tostada —a la que Ele añadía secretamente un toque de azúcar—, vieron televisión un par de horas y luego se fueron a la playa. Su abuela no pudo acompañarlos, pero les pidió que no se separaran de Nico y Benja.

La playa aún estaba llena, aunque muchos ya se preparaban para regresar a casa. A Ele no le molestaba tener el cuerpo cubierto de arena; le parecía parte de la experiencia. Junto a Tama se lanzaron al agua, tan fría que soltaron algunos gritos ahogados. Vieron a Nico y Benja jugar paletas en la orilla antes de que se unieran a ellas en el mar.

Luego regresaron a sus toallas para tomar el sol. Tama, de piel sensible, se acomodó bajo la sombrilla.

—¿Y si vamos a la feria por última vez? —propuso Nico.

La idea fue recibida con entusiasmo. Decidieron salir al atardecer.

Cuando llegaron a la feria, el sol comenzaba a ocultarse en el horizonte. Las luces de los puestos y las farolas daban un aire mágico al lugar. Ele y Tama compraron una palmera de azúcar y compartieron una Sprite. Algunos puestos atraían a los adultos con joyería y a los niños con sorpresas. A Ele le llamaban la atención estas últi-

mas, esas pequeñas bolsitas de regalo que traían un objeto misterioso. Aunque sabía que a menudo no valían lo que costaban, su variedad de tamaños siempre le parecía una opción tentadora para gastar su dinero. Le fascinaba la idea de descubrir algo entretenido. Pero antes de caer rendida ante los encantos del azar, Ele lo pensó dos veces y decidió invertir en algo que realmente deseara.

Las chicas siguieron observando las artesanías, los llaveros y los stickers de ídolos coreanos. Tama se entusiasmaba con los de Blackpink y Twice. Se sabía las coreografías al revés y al derecho. Era tan fanática de la música coreana que tomaba clases de baile. Ele la había visto en la presentación de fin de año y se sintió muy orgullosa de su amiga, que bailaba con gran destreza sobre el escenario. Además de verla radiante, Ele admiraba la constancia de Tama, que asistía a cada práctica semanal. Ele nunca había intentado realizar actividades extra-curriculares; la escuela le resultaba suficiente. Prefería ver televisión o jugar videojuegos. Este año, tal vez, se animaría a probar algo extra.

—¡Mira, Ele! —exclamó Tama de repente—. ¡Un llavero de AESPA! Es justo lo que me faltaba para mi mochila.

Ele sonrió. No entendía mucho de K-pop, pero le alegraba ver a su amiga contenta.

Ele esperó a que Tama comprara el llavero. Luego buscó a Nico y Benja con la mirada y los vio hojeando mangas unos puestos más allá. Antes de acercárseles escuchó una voz que la perturbó:

—Te aseguro que mis joyas no son baratijas. Las piezas antiguas están impregnadas de historia. Cuantos más dueños han tenido, más poder guardan.

Ele se percató de que atrás de ellas había un puesto de joyas antiguas. La señora que lo atendía estaba conversando con su vecino de puesto. Estaban enfrascados en una conversación intensa cuando decidió dirigirse a ver lo que tenía. Le encantaban las joyas.

El puesto era maravilloso. ¡Tantas historias contenidas en las joyas! No podía evitar mirar fascinada. En la tercera fila, justo al centro, un anillo le llamó la atención. Era como si brillara para ella. Dorado, con dos bandas gruesas unidas por patrones geométricos y pequeñas piedras rojas, marrones y verdes. Rústico y elegante a la vez. Lo tomó entre los dedos y sintió que vibraba, como si respondiera a su tacto.

Le quedaba grande, pero imaginó llevarlo colgado de un collar. Lo deseaba con fuerza. Solo había un problema: no tenía suficiente dinero.

—¿Cuánto te falta? —preguntó Tama al notar su expresión—. Te ayudo con lo que necesites.

—Ay, me asustaste —dijo Ele—. ¿Ya compraste el llavero?

—Sí, es hermoso, mira —su amiga le enseñó la nueva adquisición—. Entonces, ¿cuánto dinero te falta?

—No me falta nada —mintió, sonrojándose.

—Te conozco, lo sé por tu expresión. Dime.

—Eh...

—¿Cuánto?

—Poco... pero no quiero pedirte plata.

—Considéralo un regalo de agradecimiento. Lo pasé genial estas vacaciones.

Ele dudó, pero luego aceptó, conmovida. La vendedora, una mujer de cabello canoso recogido en un moño desordenado, anteojos de lectura que enmarcaban sus penetrantes e inquisitivos ojos café y una verruga con dos pelos negros en la mejilla, le entregó el anillo en una bolsita de papel kraft. Ele notó que sus uñas estaban sucias. La mujer la miró a los ojos y sonrió con sus delgados labios, mostrando sus dientes:

—Este anillo es muy especial —dijo, mirándola fijo—. Traerá magia a tu vida.

Ele se sintió incómoda. No creía en la magia, pero algo le decía que ese anillo sí era especial.

Lo guardó en el bolsillo y, junto a Tama, fue a buscar a Nico y Benja. Era hora de volver a casa, cenar y ver la última noche del Festival por televisión.

Lo que Ele no sabía era que en efecto todo estaría por cambiar.